

# Visión espectral del Siglo Veinte

Escribe: EDUARDO SANTA

Henos aquí, finalizando el maravilloso Siglo Veinte. Hacemos un alto en esta desafortunada y vertiginosa carrera del progreso para mirar hacia atrás y no podemos menos que llenarnos de asombro frente a las conquistas que el hombre ha hecho en el campo de la tecnología. Desde la invención de la rueda hasta el automóvil veloz; desde el hacha de piedra hasta el taladro de acero; desde los primeros sueños por imitar el vuelo de los pájaros hasta las naves espaciales hollando la superficie de la luna; desde las señales de humo que el hombre hacía para comunicarse con sus semejantes a través de la distancia, hasta la telegrafía, la radio, la televisión y el radar; desde el rústico sistema de escribir en la corteza de los árboles, hasta las grandes rotativas que producen millones de libros y periódicos. Nos hemos detenido, pues, para realizar el balance de lo que el hombre ha hecho y puede hacer cuando descubre las claves del aprendiz de brujo y vemos que todo lo ha venido dominando y domesticando a través de los tiempos: ha construido grandes ciudades en lo que antes fueron pantanos, desiertos o estepas heladas; ha sorteado los grandes abismos teniendo sobre ellos majestuosos puentes cuyas estructuras metálicas nos llenan de asombro; ha surcado los mares de polo a polo; ha cambiado el curso de los ríos; ha unido los océanos; ha derrotado las sombras con la iluminación artificial; ha construido colosales lagunas y ha borrado de la geografía montañas; ha modificado los climas; ha vencido las sequías y convertido tierras yermas en grandes emporios de riqueza; ha conquistado el espacio para llevar su mensaje a otros planetas; ha construido la vida en los laboratorios; ha surcado los cielos con sus potentes máquinas y —¡oh proeza diabólica!— ha logrado des-



integrar el átomo y tener en sus manos la fuerza suficiente para destruir el mundo en cualquier momento de locura.

En esta descomunal carrera, ningún siglo como el que está finalizando había hecho tantos aportes. El avance de la tecnología en las últimas cinco décadas supera todo lo que antes había hecho el hombre en este campo.

Cualquiera podría pensar válidamente que todo esto se ha hecho en función del hombre, para su bienestar o su felicidad o que, como pensaron los filósofos de la antigüedad, todo ha estado al servicio de éste como medida de todas las cosas.

Pensando en esto último, hemos vuelto a mirar hacia atrás en busca de esos grandes pensadores que diseñaron la Ciudad del Hombre, que desentrañaron su esencia, auscultaron su naturaleza y señalaron sus caminos y sus metas. En busca de Protágoras, Sócrates, Platón, Aristóteles, para ver si sus enseñanzas, sus lecciones, su espíritu, habitan este mundo construido por estos hombres que robaron el fuego del conocimiento a los dioses esquivos. Para ver si en la carrera veloz con su antorcha de luz y de fuego la humanidad ha seguido algún derrotero, ha señalado algunas metas o ha sido orientada conforme a una filosofía de la vida. Pero nada. Sus grandes figuras de preceptores no las vemos. Se nos han perdido, especialmente en este siglo. Quizás estén ocultas —por pequeñas— detrás de los altos rascacielos, tras de esas grandes estructuras de acero, de vidrio y de cemento. O quizás estén tan averiadas como las ruinas de la Acrópolis, tan antiguas como ellos. Quizás sobre sus maravillosas estructuras de pensamiento, llenas de profundidad, de belleza, de armonía, algún nuevo combatiente mercenario haya lanzado alguna bomba, siguiendo el ejemplo de aquel soldado veneciano que arrojó el malhadado explosivo sobre las ruinas majestuosas del templo de Afrodita echando a volar por los aires, convertidas en humeantes partículas de mármol, aquellos frisos, aquellos capiteles y aquellas columnatas que habían logrado desafiar el paso de los siglos pero que no pudieron desafiar el paso de los bárbaros armados con los prodigios de la tecnología bélica. De todo aquel majestuoso esplendor arquitectónico, insuperable síntesis de armonía y sencillez, apenas nos quedaron esas ruinas que hoy contemplan los turistas adocenados, sin pensar que esas construcciones corresponden a la presencia de un pueblo que hace veinticinco siglos tenía una es-



estructura espiritual, una arquitectura de pensamiento, tan bella, tan sólida y tan funcional, como aquella que hoy está en ruinas, desafiando los tiempos a pesar del ultraje. Porque aún así, devastadas, con sus columnas rotas, yacentes en el suelo o apenas sostenidas milagrosamente, sin techos, verdaderos escombros, conservan intacto el espíritu del pueblo superior que las levantó en consonancia con los valores que animaron su derrotero histórico. Bella lección nos están dando aquellas ruinas mudas: la supervivencia del pensamiento y del sentido de la vida que los pueblos tienen y que, curiosamente, se reflejan en su arquitectura material.

Aquel bárbaro soldado veneciano que en 1687 arrojó la bomba sobre el templo de Afrodita, pensó sin duda —al igual que muchos estadistas y políticos de hoy— que era más importante la conquista económica y política de Atenas que la supervivencia de aquel símbolo del humanismo helénico.

Volvemos a mirar, pues, hacia atrás, a través de los siglos fenecidos, no sin cierto temor y cierta angustia, para ver qué ha quedado, en esa loca carrera de la tecnología, en esa vertiginosa marcha hacia lo que algunos han venido llamando “el progreso”, para ver qué es lo que ha quedado de la Ciudad del Hombre construida por los filósofos y pensadores en veinticinco siglos de búsqueda incesante de nuestro mundo interior, de nuestra esencia y de nuestra naturaleza. Buscamos, pues, su mensaje, sus bellas enseñanzas, en la esperanza de ver su espíritu incorporado en esas cosas y en esas construcciones materiales, es decir, en el mundo exterior que levantaron. Pero desafortunadamente no hemos encontrado más vestigios que sus palabras impresas en esos lugares esotéricos donde se guardan sus libros —más esotéricos aún— pero no hemos podido encontrar su espíritu ni el ejemplo de sus vidas en la frialdad de las grandes estructuras metálicas, ni menos en las detonaciones de los átomos. Nos hemos preguntado, entonces: ¿Dónde estarán Protágoras o Heráclito? ¿Dónde Espinosa y Kant? ¿Y dónde Fichte, Hegel o Nietzsche? Quizás estén sobrecogidos, asustados, en esos anaqueles penumbrosos, meditando en su soledad lo que ha significado para este privilegiado hombre del Siglo Veinte la desintegración del átomo y sus efectos letales en Nagasaki e Hiroshima. O quizás estén muy tranquilos, durmiendo su anacrónico sueño de soledad y olvido, en esos



mismos anaqueles, esperando que los escolares de alguna universidad vayan en su búsqueda, para aprender con tedio y con desgano sus lecciones, sin impregnarse de su espíritu, como quien aprende los primeros signos y las primeras palabras de alguna lengua muerta. Pero no están con nosotros. Ni son el espíritu del siglo. Somos demasiado avanzados para interesarnos por el “conócete a tí mismo” o para creer que el hombre es el invento más grande de la naturaleza y que su verdadera realidad está dentro de él, en eso que los filósofos llamaron “su mundo interior”. Hemos avanzado mucho para creer en estas cosas. Para nosotros el hombre es apenas un ser que produce y que consume. ¿Habrá alguna concepción más importante que ésta, sobre el hombre? No; no puede haberla. De otra parte, abandonarla para volver a pensar en cosas como los valores del espíritu sería un retroceso; y sustituir la concepción del hombre productor y consumidor sería tan peligroso como quitarle las bases a un sistema que nos da tantas cosas maravillosas como las que todos los días se producen en serie en las fábricas del mundo. Por lo menos eso es lo que nos dicen las lecciones de los economistas, esos estupendos pensadores que han reemplazado a Sócrates, a Platón y Aristóteles.

En síntesis, no hemos encontrado la Ciudad del Hombre, construida en tantos siglos por aquellos pensadores. Pero hemos encontrado la Ciudad de la Máquina, donde el hombre es apenas el esclavo que trabaja para producir y para consumir las maravillas que de ella están brotando día a día. Y con la devastación de la Ciudad del Hombre, con la depredación de aquellas grandes estructuras de pensamiento, ha venido también —oh felonía— la depredación de la naturaleza misma. Cuando hemos vuelto a mirar hacia atrás en busca de esos filósofos amados que sentaron las bases del comportamiento del hombre, que hicieron de su vida una lección ética y estética, que se sumergieron en los abismos de sus almas para buscar la naturaleza de su ser y diseñar una meta que no era otra que el dominio de sí mismo, lo que se traduce en tranquilidad, armonía, serenidad y paz interior, hemos visto que no solamente es el mundo interior del hombre el que está en ruinas sino que también el mundo de la naturaleza ha sido atropellado.

En nuestro mirar retrospectivo sobre este camino del progreso, hemos visto las chimeneas humeantes de las potentes



fábricas manchar el cielo, antes azul y límpido, hasta coronar las grandes ciudades y los campos mismos con grandes nubarrones negros que flotan permanentemente infestando los aires; hemos visto salir de las fábricas —también— esos arroyos de sustancias químicas y detritus letales que van a los ríos y los océanos asesinando la fauna y la flora; hemos visto en los campos, antes verdes y hermosos, las montañas de basura y de chatarra, los grandes cementerios de automóviles, de aluminio y de hierro retorcido; hemos visto también en las ciudades la polución de gases que infestan sus calles y avenidas para subir después al cielo para acrecentar la labor oscura y sórdida de las grandes usinas; y hemos visto arrasar los bosques y exterminar la vida de los pájaros y de las aves con tóxicos fungicidas y destruir el paisaje en pos de una cantera y convertir la tierra en árida y desolada superficie donde los ríos han desaparecido, la naturaleza ha muerto y el hombre clama y maldice de su propia obra y padece los rigores de la sed y del hambre en medio de las grietas de un suelo que ya dejó de germinar. Y hemos visto, finalmente, cómo al lado de esas grandes fábricas se levantan los altos rascacielos en los que se hacinan los hombres para rumiar su propia soledad y los ranchos destartados y sucios donde otros hombres son carcomidos por el hambre, formando unos y otros estos complejos centros urbanos de repulsivos contrastes, propios de una arquitectura fría y deshumanizante. Y sobre este panorama de rascacielos y tugurios se alza, coronando orgullosamente los más altos edificios, el signo de nuestra época: los grandes avisos luminosos. Porque estamos viviendo la nueva filosofía: la de la comunicación. Ella nos sigue a todas partes para decirnos qué debemos hacer y qué debemos comprar, el cómo, el porqué, el cuándo y el dónde.

Hasta cuando tratamos de escapar, los fines de semana, de esta visión alineante, mecanizada y fría, tropezamos en las grandes carreteras con esa sucesión aterradora y funesta de vallas y pancartas, de anuncios y propagandas de todo y sobre todo, con agresivos colores y repelentes estribillos, mancillando el paisaje para recordarnos siempre, aún en nuestros días de descanso, y en medio del campo, que no somos otra cosa sino seres al servicio de los objetos, esclavos de la producción en esta “progresista” sociedad de consumo. Qué triste es ver estos esperpentos de colorines, como nuevos fantasmas en sucesión interminable, apostados a la vera de las grandes carreteras empeña-



dos en ocultarnos el verdor de los prados y la belleza de las montañas y de los ríos!

Desesperados y conscientes de no haber encontrado en este Siglo Veinte el espíritu de los grandes filósofos, hemos resuelto buscar apenas al hombre común, al hombre de nuestra época, para dialogar con él algunos instantes y decirle nuestras quejas, nuestros temores, nuestras preocupaciones y, sobre todo, para saber qué piensa de su propio destino. Y hemos salido, pues, a buscarlo en la ciudad, donde vivimos. Lo hemos buscado en sus calles y avenidas, entre el ruido agresivo y estrepitoso de los pitos de los carros, de las sirenas aullantes, de los altoparlantes que anuncian los últimos productos y los últimos inventos, entre los ritmos atolondrados, sensuales y violentos que salen de los almacenes de discos. Lo hemos buscado en sus casas, en sus fábricas, en sus talleres, en sus oficinas. Pero —¡oh!— ha sido difícil alcanzarlo para poder dialogar con él: vive corriendo detrás de los minutos, corriendo por las calles y avenidas, corriendo a pie para alcanzar el bus o el ascensor, corriendo en sus veloces automóviles porque se le ha enseñado, por los economistas y por los usufructuarios de la tecnología, que el tiempo es oro. Lo hemos seguido, con la misma estúpida velocidad, y lo hemos visto afanoso marcando su tarjeta de entrada al lugar del trabajo o angustiado mirando su reloj, pensando quizás que ha perdido dos minutos y medio en esa lucha por convertir el tiempo en oro. Nos ha tirado la puerta porque no tiene tiempo que perder en entrevistas improductivas. Pero podemos esperarlo. Para nosotros todavía el tiempo no es eso que me dicen los filósofos pragmáticos. Para nosotros el tiempo sigue siendo un discurrir profundo de la vida. Si; podemos esperarlo todo lo que quiera, y acompañarlo en sus presurosas diligencias, dialogar con él por el camino, mientras se rasura la barba dentro de su automóvil para ganar minutos, y podemos dialogar también por encima de la estridencia de las bocinas y los altoparlantes. Lo esperamos, pues, en la puerta del lugar de su trabajo. Pero —¡oh dolor!— no nos escucha. No puede escucharnos porque no vendemos lotería. No somos agentes de ninguna casa comercial, ni vendedores de pólizas, ni de clubes, ni ofrecemos nada a crédito. Ni siquiera somos modestos vendedores de específicos sociales ni de teoría política. No tenemos paraísos que ofrecer, donde el hombre sea el gran productor y el gran consumidor de cosas, donde llegue a ese estado de perfección social en que



las máquinas piensen por él, sufran por él, y terminen lavándole los dientes: No; nada de eso somos nosotros. Somos apenas agentes anacrónicos de la Ciudad del Hombre, donde es más importante conocerse y construirse interiormente para vivir en armonía y en función de metas trascendentes que amontonar cosas en nuestras casas. Somos aprendices de arquitectos que pensamos que nunca es tarde para que el hombre pueda construir su propia vida en consonancia con su espíritu. Como aquellos griegos que construyeron el Partenón como expresión de lo que tenían adentro, en las profundidades de su espíritu: algo simple, armonioso, funcional y bello. Por lo consiguiente, como no somos vendedores de cosas nuevas o de cosas a crédito, ese hombre nuestro, vecino nuestro, no nos ha podido escuchar. No ha podido entender nuestro lenguaje: tonterías, bagatelas, locuras, excentricidades, cosas que se han hecho para perder el tiempo. Y el tiempo —ya nos lo han dicho los serios profesores del utilitarismo— no se puede perder. Se puede perder cualquier otra cosa, por ejemplo, la tradición humanística, los valores del espíritu, los principios morales y hasta la propia vida. Hay que correr, seguir corriendo para llegar a casa y prender el televisor. ¡Maravilloso invento! Allí podemos ver y escuchar a los vendedores para el hombre de este Siglo Veinte. Ropa interior, perfume, dentífricos, licuadoras, jabones, destapadores de champaña, ollas a presión, lámparas, tapetes y desodorantes. Sobre todo eso: desodorantes para el cuerpo.

Desconsolados, hemos abandonado la ciudad y hemos ido hasta el campo. Vamos a aprovechar nuestras propias vacaciones para dialogar con el hombre campesino. Quizá en este hombre sencillo todavía quede algo de aquel mundo donde la soledad, el silencio y la belleza del paisaje permitan pensar con hondura en la existencia y construir un mundo interior en consonancia con la naturaleza. Vamos, pues, al campo, en busca de esa última esperanza de tropezar con el hombre que tenga raíces en su alma. Pero hasta allí también nos ha llegado el espíritu de nuestro Siglo Veinte. Sobre todo la radio y la televisión. Justamente cuando estamos terminando estas líneas, contemplamos a un campesino que va tras de su arado con algo que representa ese maravilloso espíritu: un transistor de pilas. Con él puede conectarse con el mundo. Basta mover un pequeño botón. París, Bagdad, Pekín, Buenos Aires, Bogotá, Washington, Nueva York. Asesinatos, genocidios, secuestros, ex-



torsiones, chantajes, guerras, masacres. Charlatanes de la radio, vendedores de específicos, modernos culebreros. Calumniadores irresponsables. Violencia verbal, vulgaridad, chabacanería, música ramplona, radionovelas cursis, alienación, dependencia, colonialismo cultural. Es la ventana que tiene el hombre del Siglo Veinte para mirar el mundo exterior. ¿Y qué tendrá para mirar hacia adentro, hacia su mundo interior, desolado, huérfano de fe, vacío de esperanza, ignorante de caridad?

Entonces, desolados, pero conservando aún una llamita de optimismo en el futuro del hombre, nos hemos dicho en alta voz: de nada vale construir un mundo de cosas, si no hemos construido al hombre para que pueda darle la dimensión humana a las cosas que construye. Y construir al hombre es construir su mundo interior. En esto estriba la importancia de la filosofía. En esto está la vigencia de Sócrates, de Platón, de Aristóteles. En saber que la razón de nuestras vidas no está en conseguir esas cosas, tratando de convertir el tiempo en oro, a manera de modernos y engañados alquimistas, sino más bien utilizarlo para construirnos nosotros mismos. ¿Cuántos de ustedes han pensado en esto, al vivenciar la agonía de este maravilloso Siglo Veinte?